

## RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

LLULL, Ramon: *Obra escogida: Vida coetánea. Libro de maravillas, Arbol ejemplifical, Desconsuelo (bilingüe), Canto de Ramón (bilingüe)*. Introducción de Miquel Batllori. Traducción y notas de Pere Gimferrer. Madrid, «Clásicos Alfaguara», 1981 (622 páginas).

Ramon Llull «es el mayor escritor catalán de todos los tiempos, y quizá el único a quien convenga plenamente el calificativo de genio, ése que reservamos par las grandes ocasiones, no más de uno por lengua. Llull es por sí solo toda una literatura, y la simple existencia de su obra da cartas de nobleza universal al idioma que usa». Estas son palabras de Pere Gimferrer en la «Nota del Traductor» (pp. CV-CVI), reafirmandose en su opinión sobre el escritor mallorquín, y apoyándose en el derecho que le concede la prueba de fuego de la lectura meticulosa, microscópica, sobre los textos que exige la tarea de la traducción.

Esta afirmación —que, por lo demás, es un lugar de encuentro para cuantos conocen la labor de Llull— contrasta con la escasa presencia de su obra en libros accesibles a los lectores castellano-parlantes, en paralelo con lo que ocurre en las aulas, incluso universitarias, de literatura «española». Y, sin embargo, Ramon Llull constituye por sí sólo un capítulo destacado de la literatura y de la cultura occidental, tanto en cuanto a creación como en cuanto a recepción. En sus afanes por darse a entender e influir en el lector, sabe encontrar para sus ideas ropajes procedentes de muy diversas vetas: provenzales, francesas, latino-eclesiásticas, orientales. Llull nos ha dejado el testimonio insólito de su lucha consciente con la palabra para que llegue a «significar tanta de veritat com enteniment pot entendre». Para él, el lenguaje literario, a través fundamentalmente de la «semblanza», es capaz de expresar lo inefable para las palabras, además de hacer posible que el entendimiento se eleve. Efectivamente, Ramon Llull es «toda una literatura». Y una literatura tan cercana e influyente que hace que su figura —aunque reducida normalmente a una escueta referencia en la práctica— sea inexcusable a menudo en los estudios literarios castellanos: desde don Juan Manuel a los místicos del siglo XVI.

Es mucho lo que se puede agradecer a este libro de «Clásicos Alfaguara». Como punto meritorio hay que destacar el estudio preliminar de Miquel Batllori, en el que sabe acercarnos, como «maestro de lulistas», la figura del «Doctor iluminado», sus peripecias vitales y los impulsos que las motivan, enmarcando sus realizaciones y escritos de diverso carácter. Asimismo se ocupa de presentar los textos incluidos en el volumen para facilitar su comprensión.

Otro mérito de primer orden es el de la traducción de los textos catalanes al castellano realizada por Pere Gimferrer, cuya acertada labor en este campo se puso ya de evidencia en la selección de poemas de Asias March incluida en otro libro de esta misma colección (1978). La traducción es una compleja tarea, necesitada de una sensibilidad que un creador de su talla indiscutiblemente posee. Es el suyo un trabajo escrupuloso de respeto al original, atento a la conservación de sus valores en la lengua de recepción,

pretendiendo —lejos de la tentación de la traducción libre— transponer el estilo del texto tenor. Si en algún momento puede parecerse primitiva o lejana la escritura de su versión, también lo es —nos advierte— la del original para el lector catalán de hoy día. La parcela literaria que más se resiste a la transferencia lingüística es sin duda la poesía. Aunque no toda la obra en verso de Ramón Llull lo sea, los dos poemas incluidos, *Lo desconhort* y el *Cant de Ramon*, que, por otra parte, son los más conocidos del autor, sí se acercan, sobre todo en algunos momentos, a este concepto. Si en todo lenguaje literario hay una unión indisoluble entre fondo y forma, en el poético se acentúa aún más esta interdependencia. La forma crea sentido. La imagen fónica, el ritmo, son imposibles de reproducir en otro código lingüístico. El lector debe acudir al original para apreciar estos valores. Nos parece muy provechoso, pues, que además de la esmerada traducción, se hayan incluido frente a frente los textos en catalán de los poemas, siguiendo así la costumbre de otros volúmenes de «Clásicos Alfabuara».

Hay que agradecer, cómo no, a este libro, según apuntábamos al principio, el que venga a llenar en parte ese extraño vacío de textos de Ramon Llull al alcance del lector y del estudiante castellano. Y, afortunadamente, lo hace con una antología de obras y no de fragmentos. Aunque el gigantesco volumen de obras de Llull y su carácter enciclopédico, pudieran incitar hacia esta última solución, estamos de acuerdo con Miquel Batllori en que da «una fisonomía trucada, maquillada, de un autor, aparentemente más bella pero menos real» (p. XV).

Precisamente por esta cualidad que apreciamos en el libro de atender a la necesidad clamorosa de obras del autor catalán destinadas al gran público de lengua castellana, nos hubiera gustado otro criterio en la selección de textos que se ofrecen. Echamos de menos el *Blanquerna* y nos parece que puede sobrar la *Vida coetánea*. Tanto Miquel Batllori como Pere Gimferrer son conscientes de que puede extrañar la ausencia del *Libre de Evast e de Aloma e de Blanquerna son fill*, e intentan justificarla en sus respectivas introducciones. Batllori, entendiendo la representatividad que se debe pedir en los textos que integren la *Obra escogida* —a la que no obsta el que hayan sido ya traducidos, si además estas versiones son de difícil acceso— nos dice que el *Félix* asume el papel del *Blanquerna*, que «casi forzosamente queda excluido» (p. XV) de la antología. Teniendo en cuenta el relativamente amplio sector de posibles lectores del libro, el *Blanquerna* haría mucho por Ramón Llull. Tanto él como el *Félix* ponen de manifiesto como ninguna otra obra la cualidad luliana de amalgamar en un sólo libro acción y pensamiento. Ambas obras, con sus personajes y lugares imaginarios, con su acción —si bien rudimentaria, sobre todo en el *Félix*—, en definitiva, con su proximidad a lo que llamamos «novela», son una puerta de acceso fácil —más fácil— al pensamiento y a la literatura de Llull para ese lector medio. Por otra parte, el *Blanquerna* y el *Félix* son obras marcadamente diferenciadas, tanto en materia, como en modelos, como en visión (temporal/espacial), como en estilo (más sencillo el del *Blanquerna*), como, incluso, en el estado de ánimo del autor que nos reflejan. Y hay más. La inclusión del *Blanquerna* pondría ante el lector el *Libre d'Amich e Amat*, el más conocido y el de más larga singladura en las letras castellanas de los escritos lulianos. Que si bien es verdad que cuenta con una extensa historia de traducciones desde los tiempos medievales, pensamos que hubiera enriquecido con su significación y representatividad la selección de «Clásicos Alfabuara». Aparte de que una traducción del *Libre d'Amich e Amat* y, por supuesto, del *Blanquerna* en el que está incluido, llevada a cabo por Gimferrer siempre será una expectativa interesante. Los criterios de traducción seguidos para los textos de la *Obra escogida* hubieran mejorado las versiones castellanas de estas obras que hay en el mercado.

En cuanto a la *Vida coetánea*, no nos parece muy pertinente su inclusión. No es obra de Llull. Se trata de una biografía dictada por él hacia el final de su vida a los cartujos de Vaubert, que la embellecerían estilísticamente,

y conservada en versión latina y catalana. No se nos dice de qué texto se hace la traducción. Suponemos que es de la versión catalana contenida en el manuscrito 16.432 del British Museum, que reproduce Miquel Batllori en las *Obras essencials* de Ramon Llull (I, pp. 31-54). Esta versión catalana data del siglo XV y, mediante supresiones, adiciones y modificaciones, aún debe de estar más lejos de las palabras confiadas por el «Doctor iluminado» en París. M. Batllori aduce el valor historiográfico que sin duda tiene. Pero en aras de la extensión del volumen y de la representatividad, que tanto venimos aduciendo en esta reseña, estando además fuera otras obras importantes, pensamos que hubiera bastado dar por suplida su ausencia con las espléndidas palabras liminares de Miquel Batllori sobre la figura, impulsos y actividades de Ramon Llull.

Encontramos una pequeña incoherencia en relación con el tipo de público, lingüísticamente delimitado, al que se destina. Como hemos apuntado, sin duda se ha seguido el criterio perfecto para las dos más famosas obras en verso del autor: la edición bilingüe. La especificidad de la palabra poética así lo requiere. Seguir el mismo criterio para la prosa se encuentra con las dificultades obvias de extensión. Esta ausencia del texto catalán en la gran mayoría de las páginas del libro limita su uso en los lectores castellano-parlantes —lo que no ocurría con la selección de Ausias March en esta misma colección— y hace innecesaria la edición bilingüe del estudio introductorio de Miquel Batllori. El espacio del texto catalán de la Introducción, así como el de la *Vida coetánea*, hubiéramos preferido verlo ocupado, si no por el *Blanquerna*, por alguna otra de las grandes obras de Ramón Llull inaccesibles al lector que se arredra ante la lectura en catalán: el *Libre del gentil e les tres savis* o el *Arbre de filisofia d'amor*, por ejemplo.

Todo lo dicho es cuestión de preferencias —preferencias que intentamos objetivar—, pero que no hacen menoscabo en los méritos del libro. Ramon Llull, «toda una literatura», ha tenido quien felizmente le sirva a unos lectores y estudiantes que no pueden permitirse el ignorarlo.

Germán Vega García-Luengos

CALDERON DE LA BARCA, Pedro: *La Cisma de Inglaterra*. Edición, introducción y notas de Francisco Ruiz Ramón. Madrid, «Clásicos Castalia» (n.º 119), 1981 (218 páginas).

Es una idea repetida, y que va encontrando su eco, la de que nuestros máximos dramaturgos clásicos necesitan ediciones cuidadas y comentadas —asequibles a un amplio número de lectores— de aquellas obras que no forman parte del grupo realmente exiguo y ensombrecedor del resto al que estos autores deben su fama. Modernamente, *La Cisma* ya ha formado parte de algunas ediciones conjuntas de obras de Calderón, debidas a Hartzenbusch, Astrana Marín, Valbuena Briones, el propio Ruiz Ramón..., pero aparece ahora por primera vez de forma independiente, convenientemente anotada y precedida de un estudio introductorio, así como de un repertorio bibliográfico selectivo.

*La Cisma de Inglaterra* levanta sobre las tablas las acciones trágicas de las que son primeros protagonistas el Rey Enrique VIII, Catalina de Aragón, Ana Bolena y el Cardenal Wolsey. Pero hay más. Ya el título nos señala inequívocamente que no se trata sólo de la tragedia de unos individuos sino de la tragedia de todo un pueblo, de una tragedia histórica. Las acciones individuales no quedan relegadas únicamente en el individuo: encuentran repercusiones colectivas, históricas. «Esta conexión entre individuo e Historia, entre pasión individual y destino histórico, constituye uno de los núcleos fundamentales del sentido trágico de *La Cisma de Inglaterra*,